

COLOMBIA: una poesía en auge

Darío Jaramillo Agudelo

La universidad alemana

Esta es la primera vez que estoy en Alemania, de manera que ustedes juzgarán el grado de percepción de la realidad que puede tener alguien que entra a este país por una conferencia académica. A su juicio, de seguro pueden añadirle una sonrisa cuando les confiese que mi idea, la idea que domina en el trópico, es la visión de la universidad alemana como una de las fuentes de la sabiduría.

Hallarse, pues, en la situación de tener que abrir la boca donde sería mejor cerrar el pico, concentrarse y escuchar, es un contrasentido, el primero, en la cadena de enunciados que nos conducen por este camino que se bifurca al frente, cada vez que damos un paso.

Estar, como me siento, en un templo de la sabiduría y figurar en la lista de quienes hablan en esta reunión, ante todo me obliga a un homenaje previo a la paradoja, a las encrucijadas que cada nuevo dato, cada distinto ángulo nos proporcionan.

Para mí, un poeta desprovisto de verdades y banderas, si acaso con la intuición de que las certezas son ubicuas e inasibles como holografías y que cambian de lugar según donde estemos; para mí, un poeta de otra parte, es obligatorio comenzar haciendo una venia y un guiño en honor de la paradoja, ese espejo tan mágico que refleja las cosas al derecho.

La poesía en Colombia

Todo lo anterior para entrar en el tema diciendo que predicar decadencia o auge de la poesía colombiana es igualmente cierto en ambos casos.

El asunto fue tratado hace poco para los Estados Unidos por Joseph Epstein y Donald Hall (*¡Que viva la poesía!*, en *Facetas* número 3, 1990. El artículo de Epstein apareció originalmente en *Commentary*, agosto, 1988 y el de Hall en *Harper's Magazine*, septiembre, 1989), y los argumentos de uno y otro casi que podrían trasladarse a mi país, tan sólo cambiando los nombres y las cifras. No quiero, sin embargo, limitar esta lectura a una glosa a esa polémica, pues creo que, en el caso colombiano, existen aspectos adicionales que anotan puntos tanto en favor de la decadencia como en beneficio del auge de la poesía colombiana.

El primer punto que no tocan ni Epstein ni Hall, es la radical transformación de la vida cotidiana en los últimos 150 años, que necesariamente ha reubicado el papel de la poesía en la vida de las sociedades.

El primer punto de asombro para todos —para los del réquiem y para los de la fanfarria— es que la

poesía sobrevive. Pasando por túneles donde la libertad de crear estaba cerrada, silenciosa, transcurriendo mientras los estadios se llenan para conciertos de rock o para encuentros de fútbol, abochornada perviviendo entre masacres y ruido, sin que nadie sepa de qué manera, en una sociedad que la considera superflua para los efectos prácticos de la barbarie cotidiana, pero viva en manos de unos obsesos que se atreven a publicar, viva en manos de quienes siguen leyéndola.

En Colombia, se ha pasado en pocos decenios de una sociedad ágrafa y rural —donde domina la tradición oral— a una población predominantemente urbana, alfabetizada con precariedad y conectada toda a los medios masivos, como la radio y la televisión. En nuestras ciudades todavía reside una mayoría de habitantes que nacieron en pequeños pueblos o en los campos. Son ciudades que crecieron por la brusca yuxtaposición de inmigrantes, a trancazos, por invasiones y urbanizaciones piratas.

Entre tanto cambio —el cine y el avión, la electricidad y la computadora, el automóvil y la fotocopia— que transformaron la vida de todos, en Colombia, donde el 80% o más de la población ocupa el 40% de un territorio muy montañoso, y donde los obstáculos naturales propiciaron el desarrollo de culturas regionales muy disímiles, fueron la radio desde los cincuenta y la televisión desde los sesenta, los elementos integradores de una nacionalidad dispersa, que sólo existía en los enunciados jurídicos. Este papel de la radio y la televisión tiene particular interés en un país que —según las estadísticas— tiene alfabetizado al 90% de la población pero que pasó del analfabetismo reconocido a un mundo urbano donde se imparten las primeras letras a la mayoría de la población; esto es irrelevante porque la información y el ocio están predeterminados por medios analfabetos

—radio y televisión— y la cultura libresca y la información escrita son privilegio de las minorías.

Para efectos prácticos, de vida social, no han desaparecido muchos elementos de la cultura ágrafa y rural y —en particular— los vestigios de poesía que sobreviven de aquellas culturas, parecen dar señales de irse adaptando —a veces con un éxito un poco patético— a las formas de vida urbana, electrónicas y espectaculares.

La copla

La copla, expresión arquetípica de la poesía popular castellana, se arraigó de maneras diferentes —y, como siempre, misteriosamente interconectada con sus orígenes remotos o con sus desarrollos en otras tierras— en regiones como Antioquia. Antonio José Restrepo relata en su ya clásico libro *El Cancionero de Antioquia* las competencias de copleros en las zonas mineras del Cauca, donde resucita, como siempre, el mito del máximo artista en competencia con el demonio. Las coplas se han transmitido por generaciones y se extendieron en la diáspora de la colonización de las actuales regiones cafeteras. Vale también insistir en que Antioquia no fue la única región colombiana ni americana donde la inspiración popular encontró expresión —y autoestima— en la cuarteta de octosílabos con sus diversas variantes de rima, comenzando por la más común, entre el segundo y el cuarto versos. Pero es en Antioquia donde esta forma de poesía popular se ha adaptado de manera peculiar a las formas actuales de vida. En Medellín existe un gremio que reúne a los copleros, y se celebran muy concurridos torneos donde los concursantes improvisan acerca de un tema definido desde antes, obligados a usar como primer verso

de su copla el último de la copla que acaba de cantar su contrincante. El espectáculo es propio de lugares nocturnos, se anuncia en la prensa como show de restaurantes y bares y últimamente han llegado a la televisión en horarios muy sintonizados.

No quiero decir que con esta metamorfosis haya surgido el Francois Villon de la copla urbana, pero sí señalar cómo ciertas manifestaciones propias del pasado, de alguna manera se incrustan en la vida ciudadana.

Acaso un sesgo regionalista me ha desviado del mejor ejemplo de estas metamorfosis de la poesía popular al contacto con la electrónica. Primero fue Francisco “El Hombre”, el poeta peregrino que recorre los pueblos en *Cien años de soledad*, acompañando con un acordeón los mensajes que se transmiten las gentes, convirtiendo la noticia en canto, Francisco “El Hombre”, el juglar, la leyenda con varias y ninguna biografía, la imagen del poeta. Después fue Rafael Escalona, personaje también de la novela de García Márquez, y personaje de carne y hueso, autor de los más celebrados cantos vallenatos, cuyas letras merecieron los honores de ser incluidos y reeditados en una prestigiosa colección literaria (Rafael Escalona, *Cantos Vallenatos*, Bogotá, Colección Simón y Lola Guberek, segunda edición, 1991). Y después de la leyenda y del fundador moderno, está un género musical que fatiga las emisoras y los lugares de baile, un género llamado vallenato, apoderado de *hit parade*, y que tiene la particularidad de que todas las canciones son idénticas, idénticas las instrumentaciones y las voces. En ocasiones, saturado, me posee la incontrovertible certeza de que existe un solo y único vallenato y que suena monótono e interminable por todas las emisoras y en todos los lugares de Colombia.

Para un país donde la cultura letrada y la lectura de libros son característica de una minoría, vale la pena señalar cómo algunas formas poéticas de tradición oral se han adaptado a la vida de nuestras ciudades.

También, de un modo a veces inexplicable, todavía sobreviven en condiciones similares a las de su origen, anacrónicas para el mundo de hoy, algunas formas de poesía popular, como las décimas en los Llanos Orientales y en algunos lugares de la Costa Atlántica y del Alto Cauca.

La transformación del mundo también cambió las maneras de decir el amor o de celebrar algunos ritos familiares. En la Santafé del siglo XIX las damas llevaban álbumes donde los poetas les escribían versos, Rafael Pombo era invitado obligatorio a los bautizos o matrimonios de la alta sociedad y los demás poetas se repartían la geografía patria para leer los versos en honor de la ocasión. La costumbre estaba tan arraigada, que el prologuista de una antología pedía en 1886 que, por favor, no más poesías “por salir de un compromiso”, “no más ligerezas rimadas” (José María Rivas Groot, en el prólogo al *Parnaso Colombiano* de Julio Añez).

En estos tiempos los ritos familiares se celebran con música, gracias al acetato, el lenguaje del amor proviene de las letras de las canciones populares y los fetiches escritos de las damas se venden en las tiendas de tarjetas con hermosas ilustraciones y textos preimpresos para toda ocasión.

Decadencia de la poesía

Si vamos a hablar de decadencia de la poesía, podemos señalar, de entrada, que la poesía ya no está presente en los ritos familiares ni en el intercambio

social como lo estuvo en el siglo pasado. Ni mucho menos en los ritos públicos, como lo demuestran los homenajes poéticos a Bolívar y con motivo de fiestas religiosas que se publicaron en el siglo pasado, y que desaparecieron casi totalmente en la segunda mitad de este siglo. El último rito público que concelebró la poesía fue la coronación de Miss Colombia, a principios del decenio de los sesenta.

Así como la poesía, como género, desaparece del escenario del intercambio colectivo y apenas se conserva en un pequeño compartimiento social, así también los poetas dejan de ser los protagonistas del cuento. Un biógrafo de Julio Flórez relata que la llegada del poeta a Medellín se efectuó entre doble fila de policías para proteger al poeta de la multitud y facilitar su paso (Hernán Restrepo Duque: *La gran crónica de Julio Flórez*, Bogotá, Colcultura, 1972). Todavía se conservan fotos de la coronación de Rafael Pombo como poeta nacional en el Teatro Colón en 1905 y de la doble fila de ciudadanos que, entre aplausos, lo llevó hasta su casa. Para no hablar de la notoriedad pública que tuvieron como presidentes, senadores, magistrados, políticos, una lista de selectos poetas del siglo XIX colombiano: Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, José Eusebio Caro, Jorge Isaacs, José Manuel Marroquín, Julio Arboleda, Gregorio Gutiérrez González. El también presidente y gran escritor, Alberto Lleras, llegó a decir que en cierto momento, en la Colombia del siglo XIX, se podía llegar a la cima del poder trepando por una escalera de alejandrinos pareados. Guillermo Valencia fue el arquetipo del poeta colombiano con papel de protagonista principal en la política y –acaso– el último ejemplar del género.

Para fines del decenio de los cuarenta, los poetas se dedicaban a oficios mucho más grises. En

una encuesta entre 38 poetas incluidos en una antología, hay nueve periodistas, nueve empleados del Estado (cuatro de ellos en cargos de administración cultural, como la Radio y la Biblioteca Nacional), siete están en empresas privadas (de los cuales tres son publicistas) y seis están en el sistema educativo (tres jefes de extensión cultural de universidades, entre ellos, aumentando así el énfasis en la burocracia cultural) (*Antología de la nueva poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Espiral, 1949).

En 1981, treinta y dos años después de la antología de Espiral, una investigación entre 40 poetas menores de 35 años muestra el predominio de la vinculación al sector educativo —16 poetas—; siguen los poetas dedicados a actividades privadas (entre los cuales hay, por igual, publicistas y abogados) y luego están los empleados del Estado, siete, y los periodistas, cinco.

Dos cosas quiero subrayar aquí: una, que los poetas —en calidad de tales o en otras actividades— desaparecieron como protagonistas, como nombres públicos en la vida colombiana. Ahora, y creo que se conserva la tendencia de los ochenta, los poetas se desempeñan en profesiones que, en todo caso, no producen titulares ni hacen parte de la farándula de los personajes públicos.

La segunda observación merece un desarrollo aparte, porque ella identifica el compartimiento social donde se mantiene viva la poesía y desde donde, principalmente, ella se irradia. La vinculación —sospecho que creciente— de los poetas al sector educativo, denota el medio principal donde la poesía se difunde y se crea en cantidades exasperantes: las universidades, el sistema docente.

Esto tiene la ventaja de que existe un público joven y creciente que publica efímeras revistas de

poesía —ahora aparecen a granel—, que se pasa de mano en mano sus tímidos poemas y los textos de sus ídolos —Neruda o Cavafis, Mutis o Mario Rivero, Jaime Jaramillo Escobar o María Mercedes Carranza—. Un grupo de muchachos que asiste a las lecturas de poesía y que, devotos, van a los talleres de poesía que realizan la Casa Silva o universidades y bibliotecas de Bogotá, Medellín, Cartagena, Pereira, Pasto y Bucaramanga. La Universidad, pues, para no desviarme, es el nido donde se oyen multitud de voces jóvenes. En los trascendentales sesenta, después de la estridencia nadaísta, los universitarios de entonces que escribíamos poemas, casi que nos teníamos que esconder, frívolos tahúres de la palabra, de los seriesísimos lectores de Marx y sus intérpretes. Ahora, desmoronadas del todo las utopías, destruido el mito dañino de que puede construirse una ciencia exacta con las historias del hombre, la universidad es el suelo fértil de la palabra o, para decirlo en términos menos agrícolas, el público universitario es la base principal del consumo de la poesía.

Antes de referirme al consumo de la poesía en Colombia, debo sin embargo anotar, colocándome para el efecto la máscara de profeta, que así como la universidad es la institución convalidadora de la poesía —a través de premios, ediciones y empleando poetas—, así también la tendencia natural del académico a catalogar, clasificar, diseccionar y categorizar, el solo fenómeno fosilizador de que la poesía se convierta en objeto, en materia de estudio, puede impedir que el aire se renueve y marcar con dogmas y taras la valorización y —aún peor— la creación poéticas. Es cierto que a los poetas colombianos, típicos habitantes del Tibet de Suramérica, nunca les interesaron demasiado las innovaciones formales y los vanguardismos; y no se debe leerlos en busca de grandes audacias. Pero añadir a esta natural moderación los dogmas

y rigideces de cierto estilo educativo basado en la memorización, puede llegar a ser esterilizante.

El público de la poesía

Retomando el punto del consumo de la poesía, su escala actual en Colombia permite encontrar argumentos para demostrar el auge de la poesía. En un país donde la abstención electoral es del 70% de la población apta para votar y donde la participación ciudadana es escasa, cifras como las de los concursos del evento *La poesía tiene la palabra*, organizado por la Casa de Poesía Silva, son asombrosas. En 1986, se invitó a enviar cartas para elegir el mejor verso de un poeta muerto y llegaron 20 mil votos. En 1989 el escrutinio público, mediante el envío de un escrito, discernía sobre el mejor poema amoroso y se depositaron 40 mil votos. En 1991, se trataba de averiguar por el verso a la mujer y se totalizaron 36.622 votos (fuente "El Tiempo", septiembre 6, 1991 y "El Espectador", septiembre 7, 1991). Estas cifras denotan un interés y un público. El mismo público que compró los 10.000 o más ejemplares editados por el "Círculo de Lectores" de una excelente antología realizada por Juan Luis Panero y que luego, recientemente, reemplazó por otra pésima, dando como seña que el negocio funciona. Como les funciona a varias editoriales privadas que están editando libros de poetas colombianos actuales. La poesía tiene un poder de convocatoria, acaso, como tabla de salvación ante la violencia misma. Cuando las opiniones divergentes no pueden convivir y se pasa del argumento a la agresión física parece necesario y urgente reivindicar el valor de la palabra. Cuando apenas nos estamos haciendo como cultura ebullente, que no acaba de ocupar todavía su territorio y que apenas está en la etapa de comunicarlo, parece necesario encontrar

las palabras que les den nombre a tantas cosas nuevas, a tantas iluminaciones y descubrimientos. En un tiempo en que quien desee llegar al éxtasis debe hacer fila y pagar por ver un producto calculado por el show business, parece milagroso que se pueda hallar una mayor emoción —más consistente, además— en el texto de un poema.

No obstante que la demanda de poesía es mucho más amplia que hace veinte años, la poesía no es un bien que permita profesionalizar su producción y vivir de los estipendios que produce. No existen los poetas profesionales y el poema no es mercancía. Esto, a mi parecer, es una bienaventuranza. Significa que la poesía no está atada a ningún sistema de producción, a ninguna organización institucional, a ninguna instancia ulterior al poeta mismo. En otras palabras, que el poeta es libérrimo, que está sujeto únicamente a su propia capacidad para convertir las palabras en iluminaciones. Depende solamente de él.

En contra de las cifras, de los datos que confirman un amplio público poético —que, en todo caso, no es el de los estadios o los espectáculos musicales o de las salas de cine— una atmósfera propia donde respira la poesía, puede esgrimirse el obvio argumento de la calidad, acaso el punto más debatido entre Epstein y Hall. En síntesis, la tesis diría que antes se escribió muy buena poesía y que ahora, entre todo lo que se publica, ni siquiera puede discernirse qué es bueno. Y, mucho más, ignoramos qué perdurará con un valor entrañable para otros hombres que habitarán el planeta.

Poesía, muerte, inmortalidad

De algún modo el asunto es cierto: entre nosotros los poetas se vuelven inmortales con la muerte. Pero, yendo más allá, aun en las épocas en que estos

poetas del pasado escribían los versos que ahora nos emocionan, en todos los momentos, ha predominado, en cantidad, la basura sobre la buena poesía. Sin que las matemáticas garanticen que aparezca más de basura, como sucede en estos tiempos de auge estadístico de las ediciones y de las óperas primas.

No obstante que el valor consagratorio de la muerte es definitivo en la tradicional valoración de la poesía colombiana y, también, a pesar de que ni la poesía ni los poetas desempeñan papeles protagónicos en la escena social, nada de lo anterior descarta que, en nuestra tradición haya existido, siempre de una variable manera, el rol de poeta público número uno entre los poetas vivos. El que recibe los reconocimientos oficiales, los premios y condecoraciones, el que otorga entrevistas y produce titulares de prensa. En cierto modo el representante de todos los poetas vivos y anónimos ante la sociedad en general, el individuo que tiene la incómoda tarea de encarnar la imagen del poeta para su época. Pombo, en el siglo XIX, luego Valencia, que le imprimió a su reinado un toque de autoridad intelectual, luego, más recientemente, León De Greiff, Eduardo Carranza y, hoy, Alvaro Mutis, sin duda el más reconocido poeta colombiano actual.

Pero el reconocimiento final, el título de “poeta” no lo obtienen los colombianos sino cuando están muertos. Los vivos somos, apenas, hombres que escribimos poesía. Esto significa que la producción en marcha siempre estará signada por interrogantes, lo cual no implica que estemos obligados a reconocer —y este es casi el mejor

argumento en favor del auge de la poesía en Colombia— que, entre los poetas vivos existen obras que son clásicos vivos, expresiones en las que reconocemos un mensaje que es el de nuestra época. Básteme relacionar, a modo de ejemplo, libros como *Los elementos del desastre* de Alvaro Mutis, *Los poemas de la ofensa* de Jaime Jaramillo Escobar y las *Baladas* de Mario Rivero. Textos cuyo destino ulterior ignoramos y tampoco nos interesa frente al hecho principal, de que para nosotros son la más alta poesía de nuestro lugar y de nuestro tiempo.

Y, para el final, el mejor argumento en favor del auge de la poesía, ese que apunta a la poesía misma: que hoy, en Colombia, como en muchas partes, aferrados al poder iluminante de la palabra, permanecen en vigilia muchos poetas esperando esa “visita”, que José Manuel Arango cuenta hermosamente así:

Visita

S

*si en mitad de la noche
nos despierta un olor de incendio*

*y abrimos la ventana y entre los árboles
hechos de dura sombra está sólo
el aroma de las frutas en sazón
que más sino la dolorosa alegría
de que nos hayan visitado una vez
los rojos querubines del fuego*

FUNDACION Vicente HUIDOBRO

actividades inaugurales

Santiago
3 al 7
de diciembre
de 1991



ACTO INAUGURAL

Museo Nacional de Historia Natural.
Martes 3 de Diciembre, 19:30 hrs.

AZAR DE LA FIESTA

Fragmento de Poesía Escénica
Montaje de Ramón Griffero.
Museo Nacional de Historia Natural
Martes 3 de Diciembre, 20:00 hrs.

VANGUARDIA Y MODERNIDAD

Seminario Internacional de Intelectuales
Teatro Municipal de Santiago, Sala Claudio Arrau,
4 / 5 / 6 / 7 de Diciembre de 9:30 a 18:00 hrs.

EL OXIGENO INVISIBLE

Libro de Arte sobre Vicente Huidobro, Selección y Prólogo de Diego Maquieira
Palacio Cousiño, Jueves 5 de Diciembre, 19:30 hrs.

ARCHIVO VICENTE HUIDOBRO

Inauguración, Casa Colorada
Viernes 6 de Diciembre, 12:30 hrs.

EL CID, FRAGMENTOS

Teatro Callejero, Paseo Las Palmas / Plaza de Armas / Quinta Normal / Plaza Ñuñoa
Martes 3, Miércoles 4, Jueves 5 y Viernes 6 de Diciembre, 13:30 hrs.

Los cuatro
puntos cardinales
son tres: el Sur y el Norte.